

No intento hablar de los estragos de la herejía: en cuanto á los que la profesan, tiempo há que se hallan léjos del centro de la fé, y nuestro único cuidado sólo debe ser llorar la pérdida de tantos hermanos, y pedir al Padre de las misericordias que se abrevien los tiempos de su conversion. Pero voy á introducirme en el centro del Catolicismo, y aquí es donde os he de manifestar que hay pocas almas religiosas; y la causa es la vana curiosidad, contra cuyos escollos han naufragado la fé y la moral de nuestro siglo. ¡Curiosidad vana, mejor diré, sacrílega! Puso Dios á los hombres en este mundo, dice el Espíritu Santo, para que investigasen diligentes cuanto pasa debajo del sol, ocupacion penosa, pero necesaria: *Hanc occupationem pessimam dedit Deus filiis hominum*; porque, viciado el hombre por el pecado, cayó insensiblemente en un estado de estupidez é ignorancia, de la cual no sale sino á fuerza de trabajo y estudio; y á esta investigacion debemos los adelantos en la filosofía y ciencias naturales, cuyo total conocimiento aún no hemos alcanzado, porque los grados de estas ciencias son casi infinitos, y siempre se escapan á nuestras inquisiciones. Y, en efecto, los matemáticos más adelantados, los físicos más experimentados, los filósofos más profundos, ignoran una infinidad de problemas irresolubles; no pueden dar con las causas de innumerables efectos, y quedan atónitos en sus meditaciones, precisados mil veces á dejar la pluma, á suspender sus cálculos, á abandonar sus tareas, por no exponerse á un trastorno cerebral; siete mil años há que buscan los hombres la causa del flujo y reflujo del mar, la de la atraccion del iman y del acero, y nadie lo sabe; otro tanto há que se analizan las plantas, se buscan los insectos, se examinan sus instintos, y apenas conocen los hombres una pequeñísima parte de aquéllas, siendo aún un misterio para todos las operaciones que vemos en los animales. Estamos rodeados de misterios, no compren-

demos nada de cuanto nos rodea, no nos comprendemos á nosotros mismos, y ¡cosa extraña! ¡locura de los hombres! ¡curiosidad sacrílega de los filósofos de nuestra edad! los hombres han querido comprender al Sér Infinito, su Religion, sus misterios y su divinidad; se han atrevido á preguntar á Dios lo que preguntaron los fariseos á San Juan Bautista: *Tu quis es?* ¿Quién eres tú? ¿Qué dogmas son esos que nos propones? ¿Qué leyes esas que nos prescribes? Se acercaron al Santuario de la Divinidad, inaccesible á la débil razon; quisieron descorrer el velo que encubre su Majestad infinita; se encontraron oprimidos con el peso inmenso de su gloria; vieron ante sí un horrendo abismo, cuyas sendas no podian investigar, y despechados porque su curiosidad no podia franquear barreras inmensas, ridiculizaron los misterios, profanaron los arcanos divinos, y redujeron á sarcasmo y burla las sacrosantas verdades de la Religion; y publicando volúmenes sin cuento, dieron á luz las producciones más sacrílegas, en que la Religion aparecia, no como una cosa divina, sino como una feliz invencion de un entendimiento humano, más agigantado en sus conceptos que los demás; y si algo se le concedia de divino, su autor era tratado en sus verdades de ridículo, en sus castigos de cruel y tirano, y en sus recompensas de arbitrario. A todo esto se atrevió la curiosidad humana.

Pero la generacion actual es más desgraciada que la última, en que se vieron tales hombres; una detestacion universal que sufrieran de sus contemporáneos debia haber cubierto sus obras entre las cenizas de su sepulcro, y así estarían olvidados; pero ¡qué infortunio! estas producciones impías, no sólo se han multiplicado, sino que se encuentran por todas partes impresas con magníficas orlas, con viñetas exquisitas, encuadernadas, doradas y compuestas con todo lujo para atraer la curiosidad, y ciertamente no se engaña el demonio, que es el

autor de tanto progreso. Sí; la curiosidad hace registrar estos libros: se abren por pura curiosidad, se encuentran gracias y donaires sin número, frases pomposas y dulces al oído, se lee una página, se toma el gusto para continuar; á poco ya falta el tiempo para leer; se devoran los volúmenes, é insensiblemente va entrando el tósigo en el alma; de modo que por una curiosidad, el que al empezar era cristiano, luégo duda, despues vacila, y al fin, encantado de las bellezas de aquel espíritu que no respira sino amabilidad y dulzura, le da la razon, se une á su partido, se instala bajo su bandera, y al concluir el libro, ya no es un verdadero creyente, sino un impío, un incrédulo consumado. Se quejan á cada paso los padres de familia de que sus hijos no les obedecen, de que no pueden convencerlos para que se lleguen al sagrado tribunal de la penitencia, de que apenas tocan los tres lustros de edad se emancipan de su dominio y andan sin freno; dicen que esto es incomprendible, y que nunca se ha oído tanta desventura. ¿Quién lo duda? Jamás han visto las generaciones tanta insubordinacion, jamás tanta indiferencia; pero esto no es incomprendible: yo lo comprendo muy bien, y vosotros no lo habeis de ignorar desde este punto; la curiosidad ha puesto en sus manos los libros pestilentes: han leído en ellos que el hombre no debe amar á sus padres sino el tiempo que los necesita; han visto que la razon debe medir, juzgar y entender cuanto se le propone, y lo ha de admitir ó desechar segun le agrade; estos principios han halagado sus pasiones, han abogado por sus inclinaciones perversas, les han inspirado un deseo de libertad desmesurada, les han enseñado á mirar con horror al que quiera sobreponérseles, y la consecuencia inmediata es que ni respetan á sus mayores, que desprecian la Religion con sus prácticas, que tienen á desprecio y vileza el doblar su rodilla ante el Dios que los crió. Ved la fé casi destruida en la tierra,

en Europa y en América por la vana curiosidad; y si no creéis á mis palabras, observad las obras: si se nos presentase la lista de los que se confiesan en el Catolicismo, veríais que, para uno que se llega al tribunal sagrado, hay mil que lo desprecian; si se examinase el número de verdaderos creyentes, ¡ay, amados míos! yo tiemblo en decirlo, «entre mil no hay dos,» porque los unos han adoptado las máximas de la incredulidad, y los otros tienen una fé sin obras, fé que el apóstol Santiago compara á un cadáver.

Á esta curiosidad sacrílega va unida otra no ménos abundante en desastres que la primera, y es la curiosidad con que se leen otros libros que, si no tienen caracterizado el sello de la impiedad, llevan el de la inmoralidad, y ésta, aunque no es tan funesta en sí misma, pero acaso lo es más que la otra por sus consecuencias; es decir, por hallarse propagada en todo sexo, edad y condicion, y porque con un veneno disimulado arruina y estraga almas infinitas: hablo de las novelas, romances, dramas é historietas en cuya lectura pasan dias y noches las gentes de nuestra edad nefasta; libros que se encuentran á cada paso en las manos de los jóvenes, en los salones, en los tocadores de las niñas más tiernas; al preguntar á nuestro siglo elegante por qué se entretienen sus prosélitos en tales lecturas, se nos responde que por una mera curiosidad, para divertir la imaginacion y para poder tomar la palabra en las reuniones, y no pasar por idiota. ¡Triste curiosidad! Con ella se imbuyen los ánimos en ideas de amores, en episodios de galantería, entrando la pasion en el corazon con tanto mayor disimulo, cuanto más paliada se encuentra con las artificiosas composiciones de la virtud que aparentan. ¡Ah! Si el celo del Apóstol tronó, á la manera del rayo, contra los habitantes de Éfeso, sólo porque andaban tras de libros que trataban de astrología: *qui fuerunt curiosa scitati* (Act., xix,

19), ¿cómo fulminaria contra la curiosidad de leer tanta novela, si ahora viniese al mundo? Mas no necesitamos que hable el Apóstol; con voces las más enérgicas han hablado los sucesores de Pedro, y en varias Encíclicas, llenas de sabiduría inspirada, han descubierto minuciosamente toda la malicia de semejantes producciones y los peligros á que conducen á los hombres, porque, más fuertes que las malas compañías, al paso que podemos abandonar éstas, no lo hacemos tan fácilmente con los libros, que van y vienen con nosotros, duermen á nuestro lado y penetran hasta en aquellas casas honradas en donde no hubiera puesto el pié el autor que los dió á luz; así habla Clemente XIII.

Sin embargo, la vana curiosidad les da entrada en todas partes, y esto ha causado la pérdida de la moral santa del Evangelio; y si no, decidme: ¿no es verdad que en la edad en que las jóvenes no debieran pensar sino en entretenimientos indiferentes, pasan sus días hablando de partidos, de enlaces, de proporciones y de desposorios? ¿No es verdad que aquellos rostros, que no debieran respirar sino candor y simplicidad, se ven demudados y pálidos, demostrando en sus facciones las impresiones fuertes que hay en el corazón? Sí, joven incauta; después que la curiosidad puso en tu mano aquella novela, tu corazón no supo lo que era la calma y la paz; pronto se levantaron en él olas espumantes que lo combatían; pronto empezaste á desear representar aquel papel que tanto te encantaba; deseaste los obsequios, las visitas, las conversaciones furtivas, y en la primera ocasión te entregaste en los brazos de un pérfido que te labraria tu ruina. Sí, joven licencioso; la curiosidad de leer otros libros que los que tus padres ó maestros pusieran en tus manos para conocer á Dios como á bien sumo, y á tí mismo como miseria y nada, te enseñó los enredos y tramas que son tan comunes en las novelas; te instruiste en lo

que hicieran otros para satisfacer sus pasiones, y desde entónces abandonaste tus tareas literarias, no hiciste sino vagar de calle en calle, de plaza en plaza, dirigiendo tus torvas miradas sobre la inocencia, hasta que lograste sacrificar una víctima á las aras de tu pasión, suplantando las inocentes almas, y poniendo la desolación quizá en muchas familias; y esto no es un caso singular ó extraordinario, pues toda la juventud de nuestro siglo no tiene otra conducta. ¿Y quién es el causante de tantos males? No sólo la curiosidad desenfrenada de nuestro siglo nefasto, sino ¡qué dolor! los padres, las madres de familia, que fomentan esta misma curiosidad, ya por sus descuidos, ya por sus ideas imprudentes.

¡Qué ocupaciones, qué entretenimientos, qué reuniones no permiten hoy los padres á sus niños! Horas y días enteros pasan reunidos niños de ambos sexos, sin que haya la menor vigilancia, sin que se vea á su lado un custodio de su pudor ó ignorancia. So pretexto de no darles sentimiento, no se les va á la mano en ninguno de sus caprichos; niños de doce y aún de diez años son testigos de bailes, de reuniones, de espectáculos, en donde se representan á lo vivo casi siempre las pasiones con sus arrebatos, los vicios con sus adornos, y muy pocas veces las virtudes con sus recompensas. ¿Y qué resulta de esta educación? Se dice que tienen que tratar con un mundo en donde es preciso vivir entre buenos y malos, que es justo que aprendan de todo un poco. ¡Padres crueles! ¿No sabéis que á medida que se desarrollan los órganos de los sentidos y que se avanza en edad, el hombre entra por sus pasos en una carrera en la cual nada se le oculta? Vosotros queréis que sepan un poco, y no haceis sino presentarles la dorada copa de la gran meretriz de Babilonia, y ellos, al verla aplicada á sus lábios por la mano caritativa de sus progenitores, la beben hasta las heces. ¿Qué resultados tiene esta libertad con que

educáis á vuestros hijos? Que al verse solos quieren imitar lo que han visto en los mayores; la curiosidad los impele á saber, y cuando ménos lo piensan, ya han desatado el velo que encubria su pudor; se les han revelado misterios de iniquidad, y han destruido su inocencia. Vosotros no sabeis esto; pero yo, como ministro del Evangelio, lo sé á ciencia cierta; así es que apenas hay edad para la inocencia, y vemos que hay hoy día en los niños de ocho años tanta maldad como no se encontraba hace cincuenta años en muchos hombres muy provechosos, segun nos atestiguan esos ancianos venerables, testigos oculares y fidedignos de los acontecimientos de la generacion pasada y presente.

Estos son, amados míos, los efectos de la vana curiosidad: destruir la caridad, aniquilar la inocencia, desterrar y amortiguar la fé; no creais que el cuadro que os he delineado esté exagerado, no: los resultados son aún más funestos; el mundo no podrá sufrir esta reconvenccion, porque es demasiado loco; la curiosidad para él es la madre de los grandes talentos, el origen de los héroes; el alma de la sociedad, en fin, es un entretenimiento inocente. ¡Demencia inaudita! Oidme aún por un instante: la curiosidad vana destruyó la amistad de Dios con el hombre, convirtió el amor puro de la criatura en amor sensual, causó las calamidades más horribles, y atrajo á la humanidad los azotes más horrendos. ¡Mortales que vivís envueltos en miserias, en dolor, en enfermedades, que no contais con un punto seguro en la vida, que temeis el aguijon de la muerte, que os veis precisados á sudar para poder alimentar vuestro cuerpo, que temeis un porvenir eterno, incierto siempre para vosotros! ¡Hombres desgraciados que arrastrais cadenas! vosotros, los que gemís en las mazmorras; vosotros, en fin, que no teneis dicha ni sosiego en el mundo, ¿á quién debeis estos males? A la curiosidad vana.

Feliz era Adan en el período de su inocencia: su alma inmortal por naturaleza, su cuerpo lo sería por gracia; la muerte hubiera sido un sueño descansado; frio, calor, hambre, desnudez, afliccion, no cabrian en él ni en sus hijos; era amado y querido de Dios, trataba familiarmente con él, estaba adornado de toda ciencia; pero tuvo una vana curiosidad: por curiosidad se arrojó al árbol vedado; por curiosidad tomó su fruta, y tanto se dejó arrastrar de la curiosidad vana, que quiso saber lo mismo que Dios: *Eritis sicut Dii scientes bonum et malum*; y al cabo de tanta curiosidad, pecó, ultrajó á su bienhechor, quedó proscrito y toda su descendencia, y condenado á los trabajos y muerte que no ignorais. ¡Y á esta vana curiosidad se debe la idolatría y excesos vergonzosos en que estuvo envuelto el mundo cuatro mil años; á ésta se debe la destruccion del género humano en el diluvio, y, por fin, se debe á esta vana curiosidad el que el infierno esté poblado de hombres que Dios crió para que fuesen felices: la curiosidad es un entretenimiento! ¡Ah! Ved si lo fué en David y en Pedro: por curiosidad se puso aquél en su balcon, vió una mujer, quiso saber quién era, quiso mirarla más de cerca; la llama, la habla, y... no necesito decir lo restante; sólo sí diré que por la vana curiosidad David se convirtió, de Rey Santo, en tirano, déspota, adúltero y homicida. Por curiosidad fué Pedro á casa del Pontífice, para ver en qué paraba su Maestro: *ut videret finem*; la intencion fué buena, dice San Hilario..., pero el resultado fué funesto: el valiente, el heróico Pedro negó tres veces á su Maestro, y yo pudiera traer otros ejemplos sin número de vana curiosidad y de sus resultados desgraciados; pero repito y afirmo que la poca caridad que se ve en nuestro siglo, el amor tibio que reina entre los hombres, la indiferencia con que se observan los dogmas y la moral de la fé por los cristianos, son efecto de la vana curiosidad.

Bien temo, amados míos, que acaso he perdido el tiempo en hablar, sin obtener los resultados favorables que debemos esperar; pero tengo el consuelo de haber dicho la verdad clara y desnuda, y la de haber vindicado los derechos de la moral y de la Religion, y espero que con la divina gracia no serán infructuosas mis palabras. Convirtamos sobre nosotros mismos la curiosidad con que investigamos las vidas ajenas; preguntémonos cada día: *Quis es tu?* ¿Quién eres tú? ¿Eres tú aquel padre de familia que vela día y noche sobre la educacion cristiana de sus hijos; aquel padre cristiano que con su ejemplo y sus palabras los incita sin cesar al temor de Dios y á la frecuencia de Sacramentos; aquel que les inspira temor santo de la vida venidera, honor al sacerdocio y respeto á la autoridad; aquel que cuida de apartar de sus hijos las malas compañías, los libros pestíferos; aquel, por fin, que tiene á sus hijos como un depósito sagrado que Dios le ha entregado en el tiempo para que los reserve para la eternidad? *Quis es tu?* ¿Eres tú esta madre siempre vigilante al lado de tus hijas para que no sean corrompidas por los jóvenes insidiosos; aquella madre siempre atareada en los trabajos domésticos, ó aquella que se abandona, que mira con indiferencia las conversaciones de sus hijas, que las lleva de casa en casa, de visita en visita, de baile en baile, para que sean vistas y tratadas, y logren así partidos ventajosos, aunque sea á costa de su inocencia, y aún de su fama? *Quis es tu?* ¿Eres tú acaso aquella joven virtuosa y recatada que huye de la familiaridad de los hombres, que desea el retiro para conservar su pudor, que se adorna conforme á su estado y condicion, que quiere agradar únicamente á Jesucristo, como á esposo de las almas, que tiene siempre ideas de pureza y de virtud, ó eres quizá aquella que busca los obsequios y las familiaridades, que anhela por las diversiones, que pasa el día en indagar las mo-

das, en buscar adornos que no tiene, en vestirse de un modo que no conviene á su estado, ni á su nacimiento, ni á sus posibilidades, y acaso ni á la decencia y honestidad públicas? *Quis es tu?* ¿Quién eres tú, joven que empiezas á saludar la sociedad humana? ¿Eres en tus estudios y en tu conducta aquel que desea ilustrar su entendimiento para ser útil á la Religion y á la patria, para conocer á tu Criador y adorarlo, para conocerte á tí mismo y humillarte? ¿Eres aquel que no se deja arrastrar ni de las falsas doctrinas, ni cede al ímpetu de las pasiones, ó eres el que frecuentas las reuniones impías, el que lee libros irreligiosos é inmorales para cegar el entendimiento y seguir por las sendas que conducen á la perdicion? *Quis es tu?* nos hemos de preguntar sin cesar. Y con esto conoceremos las faltas de nuestra vida, pediremos á Dios perdon de nuestras culpas, procuraremos corregir nuestros yerros, y caminando de virtud en virtud, llegaremos á poseer la dicha única que debiéramos buscar sin descanso, que es la gloria. Amen.